

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

EL DISCURSO

SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL

(CONTINUACIÓN DEL DE BOSSUET)

juzgado por

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Nos complacemos en publicar íntegro en las páginas del MUSEO el luminoso informe que hizo el sabio jesuita P. Fidel Fita en la Real Academia de la Historia, acerca de la notabilísima obra del preclaro historiador, eminente literato y afamado publicista católico, príncipe de los escritores baleares, nuestro estimado compañero y amigo, D. José María Quadrado.

Creemos que este trabajo será leído con gusto por nues-
Época II.—Tomo II.—N.º 17.—15 Setiembre 1885. . 81

tros lectores, á quienes recomendamos eficazmente esta obra, tan justamente ensalzada por la crítica.

Dice así:

Por encargo de nuestro dignísimo señor Director accidental, presentaré en breves palabras á la ilustrada consideración de nuestra Academia el dictámen que abrigo sobre los dos volúmenes nutridos de erudición y escritos con sumo criterio, que acaba de publicar en Barcelona nuestro antiguo correspondiente D. José María Quadrado, complaciéndose en ofrecer de ambos un ejemplar á este doctísimo cuerpo literario, que le cuenta entre sus individuos más ilustres.

Intitúlase la referida obra del Sr. Quadrado, *Discurso sobre la Historia universal* (continuación del de Bossuet). Ardua y peligrosa tarea, señores, la de labrar el segundo cuerpo de un edificio tan colosal como el que trazó y realizó el genio, sin disputa alguna el más sublime de las edades modernas; y no será corta la gloria, ni poco dilatada la fama del historiador mallorquín, si las edades venideras en su juicio imparcial estiman que la elegante pluma del Sr. Quadrado ha sabido, como el águila de Meaux, bañarse en los más hondos resplandores del sol de la historia. La historia, en concepto de Bossuet, dimana de la verdad personal ó del unigénito *Verbum* que prevé la cadena de los acontecimientos todos del universo, porque los traza de antemano en su ideal artístico, y los pone en el mundo de la realidad con voluntad sapientísima é incontrastable, tolerando el mal sólo en vista de mayor bien, templando con la sombra la luz, el gozo con el dolor, la vida con la muerte, la virtud con la persecución de los malvados heroicamente soportada, y el mérito de la libertad con la permisión del crimen, con-

teniéndose este á su vez y reduciéndose, como lo indica su nombre, á ser juzgado ó medido y puesto en el orden por la vara inflexible de la justicia eterna, que sabe, quiere y puede retribuir á cada uno segun sus obras.

El método científico aplicado á la exposición de la historia, exige ante todas cosas el cuadro de la realidad, y en seguida la indagación de las leyes morales, políticas y religiosas que la han producido. Para todo espíritu pensador que trata de descubrirlas y evidenciarlas, la idea del fatalismo ó la supresión de la libertad en el espíritu así divino como humano, es una idea peor que absurda y ridícula, sacrílega y desastrosa. Todas las leyes del mundo físico se reducen á la unidad impuesta por un supremo ordenador, ó arquitecto del universo, que, pródigo, las trazó sencillísimas; y fuerte, las aplicó perdurables.

En la esfera de la historia cuyas leyes sobre el mundo físico surgen de la voluntad del espíritu en comunicación con sus semejantes, tampoco es posible desconocer una voluntad suprema reguladora que, partiendo del amor hácia el bien, no como quiera, sino conocido y apetecido naturalmente por la voluntad, encauce todas las corrientes morales ó todas las acciones de los espíritus propietarios y avasalladores de la naturaleza, hácia un fin digno de ellos y más digno aún de su dominador soberano.

Por ello Bossuet estableció como eje principal ó como ley fundamental de la historia, la fuerza universal, vasta y profunda de la verdadera religión; y le subordinó la que llamaba fuerza de los imperios ó ley política que mancomuna los hombres entre sí; prescindiendo ideal, más no realmente de la religiosa, como la ley del concierto musical; aunque no haga mención, no prescinde en la realidad, ó no

puede pasarse de las leyes acústicas, que indaga y determina la física.

Ese triple estudio de los hechos históricos y de sus leyes en orden á la religión y á la política, le acaba de hacer el Sr. Quadrado, tomando el hilo de la narración fidedigna y del filosófico examen desde el punto en que lo dejó Bossuet, ó desde la restauración del imperio de Occidente por los romanos pontífices en la persona de Carlo Magno. Mil años, de consiguiente, hasta nuestro siglo, ó hasta el imperio de la revolución francesa que ha trocado la faz del mundo, abarca la excursión de nuestro sabio compañero. Penetrando con certera mirada en el piélago de tantas olas religiosas, políticas y sociales, como han trastornado ó se han disputado durante estos mil años el orbe, fija el Sr. Quadrado cuatro eras, que realmente guían el ojo amigo de la verdad á la comprensión distinta y clara de los sucesos periódicos; la era de las cruzadas; la traslación de la Santa Sede á las orillas del Ródano; la apostasía de Lutero ó el protestantismo, y la revolución contemporánea, que no ha llegado aún á celebrar su primer centenario.

El mérito del Sr. Quadrado es grande, mayormente en la parte expositiva de la historia, que constituye el primer volumen, por la rara sagacidad y exactitud en trazar y narrar con breve y clara perspectiva, á vista de águila, las verdaderas proporciones de los sucesos llevados hasta el año 1879. Diríase un mapa-mundi donde las dimensiones y los colores nada pierden por su puntualidad casi microscópica ó por sus matices tan varios como los de un inmenso arco iris. Ilustran el texto al margen las cifras de los años, de suerte que la memoria, aliviada ya por la separación hábil y concertada de las series históricas, reposa, lejos de

fatigarse, y se siente como llevada en brazos de la cronología.

En punto á la parte filosófica, de que surge el otro volumen, nada más diré, sino que lo creo digno de su autor, á quien, como todos sabeis, D. Jaime Balmes apreciaba como al más insigne de sus compañeros y colaboradores por lo profundo de su investigación y la claridad del ingenio.

Quizá no falte quien achaque á la obra del Sr. Quadrado sobrada restricción á la esfera cristiana, de suerte que menos que *Discurso sobre la Historia universal*, se deba llamar Discurso sobre la Historia del cristianismo. Pero este es cabalmente el punto de mira que tuvo presente Bossuet, y el Sr. Quadrado, si debía llevar á cabo lo que promete el título de su obra, no debía ni podía colocarse en otro terreno. Esperamos que, hallando espacio para poner el curso histórico de la antigüedad al nivel de los adelantos de la ciencia contemporánea, sabrá nuestro ilustre compañero dar á todo el conjunto lo que no en balde puede aguardar ó se promete de tan preclaro talento la república de las letras.

Madrid 14 de Abril de 1882.

FIDEL FITA.

EL SUEÑO

DE UNA TARDE DE VERANO

*...this weack and idle theme,
No more yielding but a dream.*

SHAKSPEARE.—A MIDSUMMER
NIGHT'S DREAM.

I

Agobiado el cuerpo por el rigor de un día de Julio, agobiado el espíritu por no haber recibido carta de Julia, estaba Julián.

Era la hora que llamamos de la siesta: las dos de la tarde. Madrid era una sartén colosal, donde Julián, en compañía de sus conciudadanos, se freía como boqueroncillo de Málaga. Habitaba un cuarto, tercero de nombre, sexto en realidad—puesto que para llegar á él había que subir, bajo, entresuelo, primero, el principal, el segundo y el tercero.

Sobre el tejado de la casa, el sol de aquellos días, que no es posible creer que sea el mismo de los días de Navidad, vertía Niágaras de fuego y Océanos de calor con una prodigalidad que no le agradecía nadie.

Julián tenía el balcón entornado y oscuro el aposento, como para ver menos el calor. Separó á un lado la cubierta

de viaje, echada por vía de adorno sobre la cama, y se tumbó boca arriba, doblemente sofocado.

Julián, á falta de abanico, agitaba este monólogo:—Julia en San Sebastián disfrutando del fresco de las provincias y de las galanterías de los provincianos. Julia bañándose en el mar y... en agua de rosas: yo sumergido en una tina ó en la desesperación. Ella paseando por la *Concha* su lindo talle: yo pegado á la concha de mi empleo: ella, solazándose en el agua y dejándome en seco quizás; yo en esta sequedad con agua al cuello. ¡Destino cruel! (cruel, precisamente, no, pues me procura 12.000 reales de sueldo), destino que me atas á Madrid, mientras que á Julia la suerte fiera (quiero decir, su madre) se la lleva por esos mundos y con esos *mundos!*...—¡No me escribe, me olvida tal vez! Lo dulce de sus cartas y lo agrio del limón helado era lo único que me hacían la vida soportable... ¡y las cartas no vienen! ¿Será perfidia femenil? ¿Será falta postal? Todo puede creerse de las mujeres bonitas y de los empleados de correos... ¡Ah, Julia! ¿Cómo en este Julio no te acuerdas de Julián?

Y éste, fatigado de cavilar, abrumado por la pesadez de la atmósfera, cerró los ojos y se quedó más bien asoporado que dormido. Y en tal situación fantaseó, más que soñó lo siguiente:

Las casas estaban cerradas y las calles desiertas. Bajo los árboles de la Castellana se amontonaban los pajarillos muertos que de las ramas caían fritos; y en el pilón de la fuente de Recoletos, exhausto, porque el agua había hervido primero y se había evaporado después, veíanse los cadáveres socarrados de unas ranas.

Por la otra parte, en la calle de Serrano, en el sitio en que de lleno abrasaba el sol, un montón de tablas humean-

tes y de huesos calcinados señalaba el lugar de un tranvía y de sus caballos y pasajeros...

En la Casa de la Moneda, que era ya una pira colosal roja y abrasante, un Vesubio con entrañas de rico metal, no quedaba alma viviente... Habían corrido los empleados á dar cuenta del incendio, y como éste había empezado tres días antes, era de esperar que de un momento á otro llegarían las bombas...

Por todas partes, en el suelo, en el cielo, en las paredes, en los árboles, por todas partes, diríase que corría alquitrán derretido y plomo hirviendo. En el ambiente, ó no soplaba la más ligera brisa, faltando el aire preciso para respirar, ó rodaban bocanadas de fuego y oleajes de llamas.

El pobre Julián se asfixiaba, se moría... No podía correr ni á un lado ni á otro, porque las llamaradas del incendio inmediato lo sitiaban, y no podía tampoco permanecer tranquilo, porque las losas del suelo, tostándole las suelas de las botas, le quemaban los pies... Julián saltaba como los pavos que un farsante cruel presentó ante el público, enseñados, según decía, á bailar, y que bailaban, en efecto... porque estaban colocados sobre una lámina de metal candente.

Quería Julián respirar, agitarse, para aliviar su ahogo, y se sentía envuelto y ceñido por la capa de bronce de la estatua de Mendizábal.

Julián, repito, se asfixiaba, se moría. Los sillares del pavimento le roían como brasas encendidas las plantas de los pies; el bronceo ropaje le abrumaba con su irresistible peso y le tostaba con su horrible calor... Aquello era estar dentro de un horno de cocer ladrillos ó en una caja de hierro muy cerrada y á la lumbre...

Julián agonizaba ya... En las bascas de aquella bochorrosa agonía, giró en torno los ojos, y alcanzó á ver un poco de agua contenido en el hueco de una piedra. Se echó de bruces é inclinóse para abrevarse en aquel agua y beber en ella algún sorbo de vida; pero salió de una grieta, asquerosa culebra, y deslizándose rápida, cayó de golpe en el agua, que enturbió. Los ojos del reptil relucían como las gafas de la presunta suegra de Julián...

Al propio tiempo el infortunado alcanzó á ver,—aunque velaba ya sus ojos la muerte por cocción que sufría,—una carretela formada por una gran *concha*, tirada por dos caballos marinos y guiada por un hombre hermoso, medio desnudo, con unas flechas en el cuerpo y una aureola en la frente, *San Sebastián*, sin duda... que cruzaba, como volando, por Recoletos, en dirección á la Fuente Castellana.

Dentro de la carretela, muellemente recostada, y mal cubierta con un ligero traje de baño, iba Julia... Una bandada de amorcillos, en cuyas caras creyó distinguir Julián (ya frito del todo) las de algunos socios del Veloz-Club, revoloteaba al rededor del coche. Ellos, soplando á dos carrillos, refrescaban el aire y acariciaban los oídos de Julia.

El fantástico tren, al pasar, removi6 la atm6sfera y aviv6 el incendio que achicharraba á Julián... Al propio tiempo la culebra le mordió en la mano... Julián reuni6 sus 6ltimas fuerzas para llamar desesperadamente á la infiel... y despert6.

II

Ya despierto, notó que le dolía la mordedura y le ahogaba la capa de Mendizábal. Era que retorciéndose durante la feroz pesadilla, se había hincado en la mano una de las púas de la hebilla del pantalón, y que se había envuelto y arrebuñado con la recia y calurosa manta de viaje.

Julián se chupó, y no de gusto, el dedo herido, y se desembarazó de aquella cubierta asfixiante, á tiempo que, atraída por su grito, aparecía una criada.

—¿Manda V. algo, señorito? Han traído una carta para V.

—Dame,—dijo con ansia el interpelado enjugándose el sudor que le bañaba la cabeza cual si se le hubieran derretido los sesos, como á D. Quijote al encajarse el yelmo con los requesones puestos en él por Sancho.

Julián, otra vez solo, abrió la carta: era de Julia.

—«No te he escrito antes,—le decía entre otras cosas,— porque mamá ha estado enferma estos días, y su enfermedad aunque lijera, no me daba punto de reposo. Temerosa de una recaída, quiere que volvamos en seguida á Madrid, ¡Imagina mi contento! Yo que me aburría en San Sebastián porque no estás tú!... No es esto sólo; por la misma dolencia, mamá se ha ablandado mucho; yo la he hablado con gran eficacia, y... en fin, que vendrás á casa en cuanto lleguemos á esa, con un pretexto cualquiera, y nos veremos y hablaremos todos los días. Esto, á Dios gracias, será cómodamente sentados en butacas, no como aquellas veces ¿te acuerdas? en que me ponía yo de puntillas sobre una mesa para alcanzar á la claraboya del tejado, y tú te sostenías en

el tejado á cuatro patas, agarrado á la chimenea de la cocina...»

¿Necesito decir á Vdes. cuál sería el regocijo de Julián al enterarse de la amorosa epístola? Después de leerla y releerla y de arrancar de su pecho la zozobra para dar lugar á la quietud, al contento y á las más lisonjeras esperanzas, sintióse necesitado de reposo, porque la pesadilla le había rendido de cansancio, como una jornada de prisa por un camino polvoriento en pleno estío. Se despojó, no sólo de la *capa de Mendizábal*, sino de su ropa, hasta simplificar mucho, muchísimo su traje; se tumbó de nuevo en la cama, y como declinaba ya un tanto la tarde, y entraba por un balcón un poquillo de fresco, acariciado por él Julián volvió á dormirse, esta vez con sosiego y beatitud.

Volvió á soñar. Su segundo sueño, mucho más corto que el anterior, porque la dicha es siempre más breve que el pesar, fué de esta suerte:

Hallábase Julián en la Moncloa, pero no en la Moncloa tal como es hoy, sino cambiada por obra de magia en vergel delicioso y frondosísimo. El Manzanares había desviado un tanto su curso y bañaba con claras y abundantes aguas el vergel. Por doquiera brotaban fuentes, surgían surtidores, corrían arroyuelos, se extendían estanques y caían saltos y cascadas. Ejércitos de flores embalsamadas seguían al agua en su vario curso, y matizaban márgenes y orillas.

Los árboles, cuajados de ramaje, ora formaban toldos impenetrables de verdura, ora agitaba las ramas, como enormes abanicos de hojas. Todos los pajarillos cantores gorjeaban á competencia en la espesura, como si las arpas eólicas de la leyenda griega pendiesen de aquella tupida fronda y fuesen pulsadas por las ninfas todas de la armonía.

El sol no conseguía herir con sus saetas de fuego, porque el follaje formaba amplísimo escudo, y los céfiros, con alas de mariposa, no cesaban en sus giros para llevar por donde quiera suave ambiente y fresco aliento.

Julián se veía á sí propio en lo más hondo y más ameno de aquel jardín encantador. Estaba como un camarín de la lozana selva, cuyas paredes eran de arrayanes, jazmines y azaleas, cuyo techo formaban las ramas cruzadas de camelias en flor, y cuyo suelo era una gran balsa de limpio y terso cristal de roca, llena de agua fresca y clara, en la cual sumergía gozosísimo Julián su desnudo cuerpo...

A los bordes del rico baño nacía toda suerte de frutales, que doblaban sus tallos hasta la líquida superficie, brindando sin el menor esfuerzo á las manos de Julián, dulces piñas, cocos fresquísimos, manzanas aromosas, cerezas purpúreas, plátanos suaves, sabrosos melocotones y racimos sin cuento de uvas claras como topacios ú oscuras como rubíes. Y en la misma orilla yacían medio abiertos, sobre fresca alfombra de musgo, los melones de doradas entrañas y las sandías de carne fresca y rojiza como las mejillas de una hermosa.

Julián, según fácilmente se comprenderá, gozaba sin medida, lo que se goza sólo en sueños; mas no era bastante aún tal goce.

De entre la espesura salió de improviso tropa gentil de hechiceras muchachas graciosamente vestidas de mozos de café. Pero el pantalón, ceñido, era de raso, como la airosa chaquetilla, y de blanca y delicada seda el mandil que graciosamente les ceñía el talle. Aquellos lindos camareros sacaron con presteza á Julián del estanque, lo colocaron, después de secarlo con finísimas tohallas, sobre blandos

cogines, también de raso, y le sirvieron, sobre una mesa de ópalo sostenida por quimeras de oro cincelado, los refrescos, los sorbetes y los helados más exquisitos que en Viena ó en París, en Nápoles ó en Milán se han fabricado.

Poco después cambiósese todo. Los mozos de café femeninos se convirtieron en gallardas bavareas de profusos cabellos rubios y semblantes sonrosados y vivos, que, cerrando unos grifos y abriendo otros, vaciaron en un santiamén el estanque de cristal y lo llenaron, no menos pronto, de la más fina, dorada, fresca, suave y espumosa cerveza que vió nunca Munich.

¡Y cómo braceaba y hundía la cabeza Julián en aquella colosal ponchera, cuyo líquido se agitaba blandamente, produciendo reflejos de oro y plata! ¡Y cómo saboreaba aquella cerveza que, en altos *bocks* tallados en diamante, le ofrecían sin cesar las alemanas!

Luego sobrevino otra transformación, y Julián refrescó todavía su cuerpo de más deliciosa manera. Las tudescas se metamorfosearon en valencianas de tez morena, cabello negrísimo, sujeto por agujas de oro y pedrería, ojos brillantes, labios rojos y lánguida apostura. Un pañuelillo de encajes y lentejuelas ceñía el busto; la falda, de brocado con áureo ramaje, quedábase corta, y el breve pie con media trasparente avanzaba encerrado en zapato de seda. Las hermosísimas hijas del Turia convirtieron la ponchera en garrafa enorme de blanca horchata, que á sorbos bebía Julián con infinito placer.

Más tarde las valencianas fueron francesas, desenvueltas y graciosas, de gorrilla blanca con lazos de colores sobre la cabeza, zapatitos de tafíete bajo las recogidas faldas, brazos desnudos y gargantas entreabiertas. La balsa de horchata

fué copa colosal de *Champagne frappé* que hervía y levantaba espuma sin cesar, llevando en corrientes de nieve partículas de oro.

Por último, todo aquello se desvaneció como las imágenes trazadas sobre un lienzo por la linterna mágica... Quedó solamente el estanque de cristal de roca y Julián en él. Entonces apareció en la orilla cubierta apenas con la túnica de las ninfas, la bella Julia, sola... sin su madre. Adelantó sonriente y alborozada hacia Julián; tocó con su mano una piedra, y de ella brotó un agua purísima y fresca, que llenó de nuevo el estanque. Luego agitó sobre el mismo una multitud de rosales que se agrupaban en los bordes y el agua se cubrió de fragantes y delicadas hojas de rosa. Y Julia, como una Venus, que en vez de salir entra en el agua, bajó al pequeño lago de cristal, donde Julián anhelante y enamorado la esperaba...

Y Julián, por desgracia, se despertó en el mismo instante en que veía alborozado que Julia sólo bañándose con él, «se bañaba en agua de rosas.»

LUIS ALFONSO.

VIAJE Á LAS CUEVAS DE ARTÁ

(CONTINUACIÓN)

Pongamos ese prodigio tan peregrino, á la contemplación de los que tienen en tan bajo concepto los primores de nuestra cara patria; y adelantemos la narración de tan impensadas maravillas. Más allá, pues, de este petrificado trono, observamos con estupor una tela de peñasco que tendrá de ancho como unos cincuenta piés y su elevación nos sorprendió de tal modo que no se puede decir, porque la vista no pudo distinguirla, apesar que traspasase quizá más de cien varas la altitud que era donde llegaba el rádio de luz, sin que desmintiese su plomo en un grano de arena; ocultándose lo restante entre las sombras de una perpétua noche; en efecto, si ya no podíamos distinguir cosa del techo aun desde aquella encumbrada cima con todo el beneficio de resplandor que nos dispensaba una hoguera tan subida. ¿Cómo sería asequible disfrutarlo de esta mayor profundidad, que se aumentó 84 palmos de la que ocupábamos antes? Por entrambas partes de la planicie que presenta la tela ó pared, se hacen ostensibles cualidades y circunstancias muy opuestas y variadas. De una se vé, tan perfectamente lisa y alustrada, que el jaspe mejor pulido no es

superior á ella, y en lo transparente le supera; copia cual espejo los cuerpos que le están delante, de manera que constituidos en frente de ella veíamos multiplicarse las personas y representárenos unos semejantes á nosotros. De la otra, solo se parece á un fino lienzo crespado, que baja perpendicular de aquel encapotado cielo. Su color, si es el mismo que el del terso cristal, su solidéz lleva á éste grandes ventajas. ¡Oh! quién hubiera tenido á mano algunos coetes, ú otros mistos volantes, para que despedidos hacia arriba, dejando el camino que se abrieran por el aire, sembrado de una infinidad de chispas y luces, nos facilitara, aunque confusamente, distinguir los extremos de tantos objetos y figuras que se pierden entre la oscuridad, y hubiéramos visto, como es regular, un techo agradable, esmaltado de una muchedumbre de petrificadas ramificaciones, iguales á otras, que á causa de no ser tan altos, se proporcionaban mejor, y con más exactitud á nuestros ojos. (1)

Tratamos aquí de armar otra vez las teas y hachones y seguir adelante, pero resolvimos por consejo de nuestros conductores retroceder algunos pasos, con el fin de ver algo de aquel espacio que dejábamos atrás, mas que no fuera nuestro intento correrle todo, pues no parecía otra cosa que un hueco interminable. Repetimos el paso por junto aquel peñasco por donde colgaba la escala de que nos servimos

(1) En otra visita que hizo el autor á la Gruta se previno de ciertos farolitos con cristales de rayos con sus reverberos correspondientes; con lo cual se logró ver distintamente aquellas varias preciosidades, que están colgadas por arriba, y su belleza y primor, no es seguramente imaginable al humano entendimiento. ¡Qué desgracia no estar en otras manos, ó tener otro dueño esa propiedad! Es de creer sería incalculable el producto que anualmente rindiera bien cuidada é iluminada esa cueva.—*N. del A.*

para la bajada en este lugar, hasta llegar á la raya, en que sobre de un rutilante oscuro, se ponía fin á aquel borde de bajo relieve. Aquí descubrimos un entapizado hacia lo largo, de grandes estalácticas, que se despleaban como en cortinajes desprendiéndose de lo alto de las bóvedas. Y en esta uniformidad tan agradable se prolongaba un grande techo: á la verdad llevará de extensión más de quinientos piés. Con motivo de esto, atravesamos por enmedio sin torcer un punto la dirección y luégo nos paramos. Fácilmente se consiguió, respecto que nada absolutamente nos lo impedía; y aunque la pieza fuera tan espaciosa logramos siempre un piso muy llano y cabal hasta dar con la otra pared lateral. Examinamos con mucha advertencia lo que contenía y era una muchedumbre de guijarros cristalizados, muy contiguos uno al otro, puestos con cierto orden y gradación, cerrados por arriba con cornisa, y por los lados de una faja ó vasa con todo estudio y arreglo, rematando con muy distintas figuras. Pero no puede pasar este raro prodigio de la naturaleza, sin que le hallemos con que asemejarle en lo artificial. Pues diciendo se parecía á la perspectiva de un magnífico órgano, se tendrá una idea más clara de ello, que interviniendo cualquiera otra exacta pintura. Tampoco debe omitirse esa otra notable particularidad; que, si se levanta una piedra del suelo, ó se arranca algún pedazo de guijarro (como lo hicimos nosotros) y con él se hieren aquellos canutos ya alternativamente, ya sucesivamente, se percibe un sonido tan agudo y vivo cual lo darían heridas con hierro unas barras de bronce.

Doblamos otra vez hacia arriba á escudriñar la parte opuesta que entrevimos, y dejando el órgano, se nos ofreció lo primero la agradable fachada de un famoso baluarte,

magnífico por su longitud y elevación; célebre por ser como de plata sin pulir; elegante por guarnecerle en sus respectivos techos, varias linternas á manera de atalayas; proporcionada por guardar un órden muy exacto en las partes de que se compone una obra de esta especie, y finalmente hermoso, por salir del medio, ocupando las esquinas de enfrente y centro, encumbradas torres, que formando gradas, levantan sus cúspides unas detrás de las otras, ofreciendo al sentido inteligente la muestra bastante exacta de una pequeña ciudad toda circuida de muro, algo mirada de lejos.

Aquí sin duda debimos topar con aquellas soberbias columnas, que considerada la latitud del continente que ocupaban, parecían hallarse sobre el punto céntrico. Entre éstas pues y el fuerte baluarte, media una valla y foso de poca profundidad, por todo el cuál se vé sembrado sin órden un conjunto de plantas y frutas, y con un modo especial entre éstas, es figurada la coliflor presentando todo un cuadrilongo muy digno de admiración y que causa asombro á los viajeros. Al encontrarse sobre este paso es bueno ir muy advertidos, no sucediera alguna desgracia por la poca previsión en aquel resbaladizo. Dos de nuestra cuadrilla que caprichosos querían adelantarse, sin aguardar la dirección de los guías, estuvieron muy próximos á experimentar un trastorno, pues si uno cayese dentro, saliendo de allí con vida, por las puntas y rizos de este cortado suelo, no podría prometerse de hacerlo sino después de muy escalabrado. Advierte pero de este precipicio, el terraplen que le circunvala, por el cual pueden pasearse con mucha libertad á la vez dos personas. Por este lugar pasamos nosotros, y avistamos desde él los primorosos objetos, que con tanta magestad ocupan todo aquel frente.

Declinando de este punto, nos acercábamos al mismo tiempo hacia la columnata, hasta ponernos junto á ella. Lo que descubrimos en este punto, fué la grandiosa fachada de tan agigantado cuerpo. Quien la mira con seria atención dirá no ser otra cosa que una monada de la naturaleza, con la cual (como lo acostumbra) ha querido ridiculizar las más asombrosas obras del arte. Para dejar eternizada su memoria los héroes del siglo, enriquecieron aquellos famosos monumentos, entre cuyos fríos pórfidos se mantuviesen pomposamente depositadas sus cenizas; y aquí dentro yace, sin otro respeto que el mero antojo de aquellos humores, que sudan de continuo los peñascos, el más ilustre panteón, á cuya vista no pueden menos de recordarse los soberbios y antiguos mausoleos, fantástica ilusión de los mortales. Encima de cuatro pilastrones que sobresalen de la pared, al borde de un grande hueco, descansan dos medios arcos según el gusto y forma que presenta la entrada, á un grande nincho ó capilla. Debajo de estos, sobre el nivel de una capa de tierra, se eleva una grada esférica de mucha capacidad, en cuya superficie va afianzado un medio globo de veinte y cinco piés de diámetro, y tiene colocadas en el centro dos terceras partes de un grande óvalo que sirve de base á una pirámide de elevación muy regular. Pero lo que nos causó más admiración, fué la diversidad de tantos colores que observamos en la elaboración y figuras geométricas de que se componía este elegante monumento, el cual á no engañarse la perspicacia de los sentidos, consistía en una sola pieza. Las pilastras con los medios arcos, eran de un verde oscuro muy rutilante; la grada de negro bastante alustrado, pasándole á lo largo y través, unos cándidos perfiles; el medio globo era de hermoso cerúleo, jaspeado de claro ama-

rillo; el óvalo de rojo manchado, y la pirámide de una blancura extremada. La buena proporción y orden que guardaban entre sí las partes de este todo, venían á elevarlo hasta la altura de cincuenta piés.

Mas es preciso (así habló el director principal que nos acompañaba) tomar un camino muy cuesta arriba, si queremos proseguir la especulación de nuevos primores y bellezas, que se encierran detrás de este aparente sepulcro que arrebató nuestros sentidos. Es menester ensartar un lazo corrido á aquella mirámide porque de otra manera nos será imposible sino asidos del cable conquistar la entrada. Por este paraje tan resbaladizo hemos de abrirnos paso, pues solamente éste nos puede facilitar el logro de tan curiosos deseos.

Esto dijo: y tomando un recio cordel formó el lazo, el cual tirado arriba tuvo la fortuna de pasarle por la punta piramidal hasta abajo de la base desde donde partía, y de este modo, aseguramos un fijo apoyo, que nos sirvió como de escalera, para subir al espectable reconocimiento de los hermosos objetos que allí se encierran. Por cierto que aquí gozamos de un mayor placer al pasar aquellos interiores gabinetes de verdadera historia natural, cual no le habíamos disfrutado para vencer aquella áspera subida. Lo primero en que dimos fué una cuesta bastante suave é insistimos por ella nuestra marcha, y poco á poco, nos sepultamos en la profundidad de quince varas bajo la línea que ocupábamos. Dispensamos entrar por una rústica puerta de cierta concavidad ó gruta en que dimos, la cual, según dictámen de los guías, consistía solamente en un hueco de una longitud y profundidad, al parecer, interminable; y por lo que vimos nos representamos aquel negro y confuso caos que se formó

en el mundo antes que los dos grandes luminares, sucesivos presidentes del día y de la noche, tuviesen ser y localidad. Torcimos el camino hacia la derecha y encontramos unos salones tan magníficos y espaciosos, que dudaba la razón cual de ellos merecería la preferencia. El primero en que entramos ofrecía una pieza cuadrilonga muy capaz y de una altitud bien proporcionada. Sus esquinas van adornadas de unos ramilletes de primer orden y simetría, uniéndose con ellos desde lo alto, una multitud de variados guijarros, que en curiosa alternativa, forman el más delicado entretejido. Del punto central de las paredes nacen colaterales unos medios óvalos que á fuer de capiteles los remata la mitad de un globo, sobre los cuales están sentadas unas estatuas, que ya blancas como el márfil, ya verdinegras como fundidas en bronce, presentan á la vista un bellísimo cuadro.

El otro salón que sigue al expresado, se nos presenta totalmente diferente, y es muy otra la disposición admirable con que se ostenta. Consistiendo pues la hermosura en la variedad, fué sabia disposición de la artífice natural no faltase este grado de perfección á otras tan sublimes, que detalló en el grande plan de su obra sin límites de elegante y perfecta. Mas llevados solamente de admirarle con cierto estupor que nos imponía, entramos á ver con unos ojos que no pestañeaban á este cuarto que parece no hay más que desear. Es el tal aposento de una forma esférica, y tiene de diámetro cincuenta piés. Maravillas sorprendentes, prodigios que pasman, objetos enteramente nuevos y peregrinos, y cuanto pueda lisongear más el pensamiento del hombre, son las alhajas y muebles muy preciosos, que con un modo singularísimo lo adornan. En competentes distancias á la

redonda vimos siete huecos al modo de capilla de iglesia, los cuales, si se correspondían por igual estilo, orden y elevación, en la latitud y arcos que sobresalen de las entradas de ellos, eran distintos en lo que contenían dentro. Sin otro cincel que las goticas que á debido compás filtran de las húmedas peñas, se grabaron en pequeño ciertos paisajes á manera de los que se nos presentan en muchos grabados, de modo que indecisa entre la admiración la mente, no sabe lo que deba más aplaudir, si la disposición que le dió naturaleza, ó la tersa materia de que lo dispuso. Registramos uno por uno los fondos de estos arcos, y al que estaba frente á nosotros, y parecía de mayor capacidad, ya por la superior extensión con los demás, ya porque se notase en él cierta circunstancia muy especial y más digna de ser examinada. Desde el consabido arco han bajado á unirse con el pedregoso suelo, un sinnúmero de cristalizaciones de tanto mérito y primor, que por su inmediata contigüedad de unas con otras, sólo son comparables con las finas hebras de hilo cuando ostentan el delicado tegido de una gasa.

Este resguardo con que se cubre aquella natural escultura, por la crecencia que de cada día reciben aquellos hilos, si ahora solamente quitan á la vista, por lo transparentes que son, una inspección clara é individual, las indefectibles aguas cuajadas en su humor más craso harán petrificaciones muy sólidas, y llegarán á tabicar herméticamente la entrada del hueco, quedando entonces privados los viajeros de tan admirable espectáculo, y se perdiera para siempre la memoria de tanta belleza, que no es otra cosa que un remedo de aquellos genios nimiamente curiosos que ponen la mayor diligencia en preservar del polvo y las moscas, las preciosi-

dades de sus casas, y ciertos adornos que les son más estimables, valiéndose de velos finos y claros, y así se conservan sin menoscabo de su pulidéz y valor. Por este estilo quería tambien naturaleza conservar indemne, como dentro de una caja, tan ricas preciósidades; y seguramente lo lograra muy mejor que no lo hicieran los curiosos del siglo. Aunque las vicisitudes de los tiempos lleguen á dar un trastorno á las más duras piedras, y se ven arrancadas por una embravecida corriente que las choca y arrastra; y encuentra todo su hollin y carcoma que lo destruye y consume; la torre de Babel; las decantadas pirámides, célebre tumba del grande astrológo de Egipto; los formidables muros de Babilonia de siete gradas; el famoso Mausoleo insigne monumento del amor de Artemisa; aquel grande Coloso de Rodas prodigioso artefacto del acreditado discípulo de Lisipo; y en fin aquellos edificios extraordinarios, que si se presentaron algún día, al instante desaparecieron, soberbios restos del hombre vanidoso, que erigió para perpetuar su nombre, y trasmitirle de siglos en siglos, y aun conservarle después de luengas edades, con todo esta tan decantada obra, pudo todavía después de tantos miles de años salir libre de la injuria del tiempo, escaparse de las destructoras estaciones, y hacerse memorable en los fastos del mundo. Pero ya ninguna de aquellas son existentes, y los escasos vestigios que aun haya permanentes, hacen los únicos argumentos para decidir á favor de la realidad de que existieron. (1)

(1) A fin de preservar de semejante evento, y no se cubriese tan pronto la entrada de ese arco con la inmediación de los hilos, que irán engrosándose en el desenvolvimiento que tendrían cada día, imaginé conveniente romperlos desde el origen de donde procedían, y valiéndome de una acha que traía que me servía de apoyo, arrasé

Desde este sitio de delicias, regresamos por los mismos pasos, y dimos con otra estancia, que es muy superior á la expresada. Hacia la izquierda encontramos una brecha por la cual nos introducimos. Al observarla desde cierta distancia, nos proporcionó un rincón como torcido, que no se comunicaba con otro lugar. Aquí perpleja la inteligencia no acierta cual sea el objeto preferente á los demás, y merezca una privilegiada admiración. Pues desde este punto, se descubre un vasto espacio, no tan reducido, que no supere á los templos de mayor capacidad que hay en nuestra isla: se divisan unos hermosos cortinajes, que entapizan las paredes por todo su alrededor, y tambien dos portentosas hileras de columnas, que colocadas en rectísimo nivel, ocupan con igualdad y simetría, todo el espacio de su longitud. Y no es esto solo lo que arroba la admiración en tales circunstancias; ¿quién pensara que bóveda tan sólida y compacta no estribase encima la muchedumbre de pilares de que estaba el suelo copiosamente sembrado? Con arrogante alternativa unas se remontan hacia arriba, otras se enderezan hacia abajo; pero ni aquellas pueden cimentarse sobre el pavimento, ni éstas unirse con el techo, aunque todas á solicitud y porfía de los humores acuos que se desprenden ó caen de los cabos descubiertos, puede prometerse que en el curso de los años descansarán de su innata pretensión, ocupándose únicamente en engrosarse y formar en sí mis-

toda aquella filameta, pasándola por toda la circunferencia de que colgaban. Repetí la misma función tres años posteriores, pues habían ya renacido y alcanzaban de largo los canutitos muy cerca de un palmo; por cuya razón es calculable que por el curso que adquirieron desde arriba hasta abajo se ocupa con su asiduosidad la naturaleza sobre sesenta años, y aun más.—*N. del A.*

mas, y de sí mismas, mil diferentes entalladuras. Son ciertamente de ver, aquellos grandes pedazos, que como hielos cristalizados cuelgan de sus casi indistinguibles cimas. Desquiciada de su base, en el centro de la pieza, se halla echada una nudosa y rústica columna, como compuesta de piedras besas sulcadas tiradas algo fuera de su perpendicular, á la cual cierta inapeable disposición de la naturaleza, tronchó junto al enlace del capitel ó extremo que le pareciese, y desviándola de su equilibrio, el vaiven que le imprimiera semejante infortunio, precisada de su gravedad, la desplomó de la primitiva y antigua erección que tenía y la hizo reclinar su cabeza sobre la pared principal del lado izquierdo. Pasamos junto á ella, mas una y otra vez no pudimos menos de admirar su talle enorme y gigantesco, figurándonos el horrendo estruendo que causaría en aquel lugar el desprendimiento de tan furiosa mole, al difundirse con eco trémulo por entre los interminables laberintos de aquellas concavidades subterráneas.

Aquí se trabó entre los compañeros, que eran sujetos de mucho talento, un poco de disputa, discurrendo el modo cómo debían obrar las causas que produjesen efectos tan extraordinarios, y acordó, ajustados siempre á los principios de buena física, que la eformación de las expresadas columnas que cuelgan del techo y las que se elevan desde el suelo, depende de la mayor ó menor gravedad que reside en los pensiles que van fluyendo de las primeras capas de aquellos peñascos que las cubren. Esto es, la parte de materia linfosa en mayor ó menor cantidad mezclada con el agua, hace que se desprenda con más ó menos facilidad desde los puntos de su vertiente, y así es que las más líquidas se precipitan luégo, y forman sobre el piso principio de cristalización;

y las que tienen mayor pegosidad en su saliente quedan cuajadas, y se petrifican en aquel mismo punto de donde proceden. Sostenerse éstas parece obra de cierta atracción glutinosa, caerse aquellas, es efecto de mayor liquidación y gravedad. Pero lo que hace exaltar más la imaginación hasta perderse de vista el cálculo es no poder atinar con la ímproba laboriosidad de tantos siglos cuando se empeñó la naturaleza en fabricar estos pilares que asombran, para llegar á tan grueso espesor en una elaboración formada tan paulatinamente. ¿Qué antigüedad le podremos conceder á esta obra? ¿Qué fecha deberemos atribuirle á aquellas filtraciones que no pudieron consolidarse sobre aquel piso, sin que se desaguase enteramente la pieza, la cual presenta todavía indudables vestigios de haber sido vasto depósito de aguas? Abandonemos las razones de congruencia que nos parecieron probar la constitución y ser de tantos cuerpos así dispuestos; y dejemos á la meditación de los curiosos, aquella estupenda maravilla; y lejos nosotros de conocer el resultado de tamañas investigaciones, resolverán los críticos el motivo cierto de estos efectos, contentos de adorar al Ente Supremo que lo hizo, mas que nos quedemos entre densas tinieblas y absoluta ignorancia del modo con que se hizo; puesto que cuanto más quieran discurrir los hombres acerca la estabilidad y existencia de tantos otros objetos que ocupan el gran Mundo, tanto menos alcanzarán sobre de ellos.

El pavimento sobre el cual se han fundado estas columnas que está todo cubierto de negra arena como desmenuzado carbón, aparece desde el pié de las consabidas, sembrado de las más raras entalladuras; sobre de unos blancos lienzos ó manteles tirados sin estudio, se ven cristalizaciones que imitan huevos librados de la cáscara, tortas, varios pasteles,

y un sin número de frioleras por ese estilo; en fin, se demuestra un aparador de confitería que ofrece cuanto plato pueda aparejarse sobre las mesas y mostradores en las tiendas de esta especie. Divertidos con la presencia de cosas tan peregrinas, solté la expresión que no dejó de chocar: «aquí se han preparado ranchos muy distintos, y todos con aseo; quizá acudirán á comerlos la numerosa comunidad de tantas estatuas y bultos de piedra que hemos topado por el camino.»

Emprendimos la salida de esta estancia, y notamos varios escombros de columnas y peñascos que estaban tirados á trozos por el suelo, indicio nada equívoco de los descalabros ó ruinas que ha padecido este lugar. Es difícil asegurar con firmeza el motivo ó causa de ellos; sin embargo se hace muy verosímil que fueron desprendidos del techo aquellos fragmentos á la sacudida ó golpe que recibirían, cuando chocados por aquellas gruesas columnas que se ladeó, y que á aquellos guijarros como más delgados y endebles, les bastaría la convulsión de aire para la caída á pesar de alguna consistencia suya, mientras el estrepitoso rimbombeco difundido por toda la mansión, obligó al temblar las peñas mejor cimentadas. Otro cualquiera cálculo que se intente acerca de esto, me parece no sería tan aproximado á la verdad del hecho.

Apenas dejamos esta célebre pieza, que es muy principal entre las que componen el subterráneo palacio, puestos junto á los umbrales de la expresada brecha, nos dijeron los guías convenía pasásemos por otra que había contigua, y se elevaba con una pared divisoria entre la que íbamos á ver y la ya referida; de modo que sin él, quedara un salón espaciósimo. Érase de figura cuadrilonga, hermoso, muy capaz

y de perfección toda sobresaliente. Las esquinas de este nuevo cuarto están cubiertas por cuatro pilares rutilantes y espaciosos, de manera que se les debe conceder cierta superioridad sobre todos los que se hallan en este lugar; otro pilar de mayor magnitud ocupa el centro. Tamaño, figura y elevación, son unos mismos en los cuatro, otro hay diferente en su volúmen; el color de ellos es marcado con matices muy distintos, suficiente cualidad para hacerles percibir á todos de diverso aspecto y modificación material. Los angulares blancos tersos y lucientes, imitan la plata alustrada; el central negro y pulido á la perfección naturalmente, todo pasado de cándidos perfiles que lo circulan de derecho á través. Desde el piso, que es igual al anterior, hasta la altitud de siete piés, corre á nivel horizontal por todo el rededor de las paredes, una faja de color ceniciento muy cargado, cogiendo al mismo tiempo el pilar de enmedio.

Si hubiéramos de examinar con aquella detención que exige el negocio las causas de tan asombroso fenómeno, cargaríamos con otro trabajo no menos dificultoso que el que hace muy poco recordamos y jamás pudiéramos asegurar una aserción indubitable. Pretender que dicha mansión serviría antiguamente de receptáculo, donde como en profundo abismo quedaban retenidas las aguas, y desleído el negro polvo del suelo con ellas, compondría cierta especie de tinte capaz de imprimir semejante colorido en todo aquel piso, y por él se habría señalado aquella raya hasta el nivel á que subieron, no pasaría de un capricho del entendimiento. En efecto, ¿qué razones no podrían sacarse llenas de fundamento para desvanecer tan fútil cálculo? Lo primero, ¿la puerta ó brecha por donde entramos á este lugar, llamado antiguo recipiente de las aguas que proceden de las lluvias

ó nieves derretidas, no ofrece una boca de suficiente latitud y profundidad, cual se necesitara para desagadero en el cual tenía que depositarse tan copioso líquido? ¿No era aquella abertura un cauce bastante libre y desembarazado por donde con precipitada fuga podían evadirse las corrientes, y así difundidas por aquellos casi interminables espacios y quebraduras, no dieran con algún sumidero hidrónico que tragara al supuesto estanque, y aun estenuara del todo, con su absorción, hasta los mismos torrentes y ríos?

ANTONIO CABRER.

(Seguirá.)

P O R T I

EN EL ÁLBUM DE MI AMIGA MANUELA ARMAS

Heme ya aquí contrito.
Delito ó no delito,
torpe á la fe he faltado,
y es justo que confiese mi pecado.

Pues qué! no sabes tú que con la necia
aspiración de un ideal remoto
el cadáver amé de Roma y Grecia?

¡Al fuego, al fuego ese libraje roto
que á Menéndez hechiza,
y férreo esteriliza

con prefijada norma
de cada autor el sentimiento y forma!

¡Al fuego, al fuego sin piedad, al fuego!
La ancha campana del hogar no baste
á tantas llamas, si á la llama entrego,
en revuelto contraste
hacinado en mis manos,
ese tropel de griegos y romanos.

Muja el viento en la cumbre;
brame la mar en la llanura ingente;

que al amor de esa lumbre,
con alma franca y corazón ardiente,
quiero contarte que mi amor rehusa
toda falsa ambición, y, libremente,
te acepta á ti por generosa Musa.

J. L. ESTELRICH.

Noviembre.

RECORT DE BARCELONA

I

La processó del *Corpus*
just ara passarà:
ja 's veuen per la plassa
rumbosos los gegants,
catifes de *ginesta*,
balcons endomassats,
estols de jovenalla
qu' arriba bromejant
y la maror de festa
d' un poble de treball.
Carrera per hon passa
ben prest negú hi cabrà:
seguint á la má dreta
fadrins endiumenjats,
seguint á la má esquerra
les *noyes* mes galants.
De sopte n' hi veig una
com no l' he vista may,
sa roba blanquinosa,
sos ulls espirejants,
sa boca una poncella
collida á mitx badar.

II

La processó del *Corpus*
bé prou que passarà:
bé prou qu' allá estaria
sense cansarme may.
La processó acabada
ja 's fosch: tot sol romanch,
m' es fuyta aquella jova,
no sé per hon ha anat
y embadalit me dexa
com si la ves devant...
sa roba blanquinosa,
sos ulls com endolats,
sa boca una poncella
collida á mitx badar.

III

Ay, Deu! De la fortuna
qui 'm podrà dir lo fat,
si un jorn per ferla nostra
basta allargar la má!
Bé hi vá passar fent vía
la processó de Maig:
mes vía han fet llavores
frisosos los meus anys.
¿Perqué, com una fulla

nos porta allá d'allá
la sort, ab l'anyoransa
del cor ajermanat?
Si un' hora dins ma vida
tan sols la vaig trobar,
d'aquella catalana
perqué me 'n recort tant?
¿Perqu'es qu'aquest no passa
com tants recorts passats?
Perqué será qu'encara
la veig aquí devant...
sa roba blanquinosa,
sos ulls com endolats,
sa boca una poncella
collida á mitx badar!

M. S. OLIVER.

Setembre.

LAS VIRTUDES CARDINALES

EPIGRAMA ESCRITO EN PRISIÓN POR PEDRO PARIATI

(Traducción del italiano)

No fía ya la *Prudencia*
entre la humana malicia,
porque va tras la *Justicia*
acusada la inocencia.

Hoy domina la vileza
bien que llena de *Templanza*,
y quien á servir se lanza
ha premios de *Fortaleza*.

J. L. ESTELRICH.

MISCELÁNEA

Por el ministerio de Fomento se ha solicitado autorización de S. M. el Rey para instalar en la Real Capilla de San Isidro de Madrid (nueva Catedral), un monumento mural que guarde las cenizas del ilustre ingenio español, D. Leandro Fernández de Moratín.

Ha fallecido recientemente en Madrid el docto catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad central, Dr. D. Benito Gutierrez, uno de los mayores civilistas de la presente época.

Era individuo de la comisión de Códigos, numerario de la Real Academia de Ciencias morales y políticas y de la de Jurisprudencia y legislación, y ejercía con rara habilidad y acierto el espinoso cargo de abogado, siendo sus decisiones, especialmente en materia civil, muy apreciadas por cuantos tenían la honra de consultarle.

La obra más conocida del sabio catedrático es su exposición del Derecho Civil español, verdadero monumento erigido á la ciencia jurídica en nuestra época, en el que se presentan las opiniones de los más renombrados expositores, ó para refutarlas, ó para añadir nueva luz á los

vivos destellos que centellean en las obras de nuestros antepasados.

El Sr. Gutierrez deja tambien, entre otros varios y luminosos escritos, una obra sobre *Derecho penal*, que es verdaderamente clásica y muy apreciada entre los hombres de ciencia.

A pesar de la resistencia que opuso siempre á las distinciones con que quería honrársele de continuo, ha muerto siendo senador del reino y sub-gobernador del Banco Hipotecario. Su pecho ostentaba á la vez varias cruces, entre otras, la de Isabel la Católica.

Ha fallecido igualmente en Bretaña el esclarecido escritor católico, gloria de la literatura francesa, Mr. Ernesto Hello. Nos ha legado valiosas producciones, muy apreciadas entre los doctos. Helas aquí: *M. Renan, l'Allemagne et l'Atheisme au dix-neuvième siècle*;—*Le style (théorie et histoire)*;—*Le Père Lacordaire, ses œuvres et sa doctrine*;—*M. Renan et la Vie de Jésus*;—*Le jour du Seigneur*;—*L'homme*, con introducción debida á la pluma del docto Enrique Laserre;—*Contes extraordinaires*;—y *Le plateau de la balance*. Tradujo al francés el *Libro de las visiones é instrucciones de la bienaventurada Ángela de Foligno*, y las *Obras escogidas de Juan de Ruysbrock*, célebre místico belga.

La Academia francesa está presidida actualmente por Mr. Perraud, obispo de Autún, quien entró en la docta corporación el 19 de Abril de 1883, llevando como título

á este alto puesto una fama literaria de primer orden. Gran helenista, gran latino, el joven Prelado, que frisará en los 45 años, ha escrito obras de reconocido mérito, entre las que deben citarse los *Yambos*, que le adquirieron gran renombre entre los literatos.

¡Cuán fraternal es el consorcio entre la ciencia y la fe!

El abate Battifol, comisionado por el Ministro de Instrucción pública de la nación vecina para una expedición científica á la Albania, acaba de encontrar en Berat un manuscrito griego del siglo VI, escrito en onciales de plata sobre un fondo rojizo, que contiene el Evangelio de San Mateo. Según parece, á las indicaciones del renombrado erudito Duchesne debe el abate Battifol tan importante hallazgo.

El Sacro-Colegio cuenta actualmente 62 Cardenales, de los que 28 han sido nombrados por Pío IX y 34 por León XIII. De estos 62 Cardenales hay 13 que pertenecen á las Órdenes religiosas, á saber: cinco Benedictinos, un Agustino, dos del Oratorio, uno de la Congregación de María, un Jesuita, un Capuchino y dos Dominicos.

Precediendo según el orden de nacionalidad, hay 35 Cardenales italianos, cinco franceses, cuatro ingleses ó irlandeses, tres alemanes, dos húngaros, cuatro austriacos, cuatro españoles, dos portugueses, dos polacos y uno americano.

Cuarenta y dos Cardenales han fallecido bajo el Pontificado de León XIII. Los Cardenales muertos este año son

los Emmos. Mac-Cabe, Chighi, Schwarzenberg, Lasagni y Nina.

Una obra notable de crítica se ha publicado no hace mucho en Nápoles. *Estudio sobre Giácomo Leopardi*, se titula, y es su autor Francesco de Sanctis, muerto el año anterior, y escritor muy inteligente y erudito, aunque no de mucho nombre.

De Sanctis establece un interesante paralelo entre el famoso poeta italiano y el no menos célebre filósofo alemán Schopenaüer, que en lo pesimistas coincidían, después de haber analizado con singular acierto la fisonomía intelectual de Leopardi y haber examinado sus estudios, aficiones y tendencias.

La obra póstuma de Sanctis es, no sólo importante para el conocimiento moral del Byron italiano, sino también para cuantos estudios se relacionan con la poesía en el primer tercio del siglo actual.

Estadística de la Prensa en Suiza.—En 1883 se publicaban en Suiza 576 periódicos: Religiosos, 48; Literarios y científicos, 50; Jurídicos, 4; de Ciencias naturales, 11; Escolares, 15; Ilustrados, 16; Militares, 9; Agrícolas y Forestales, 29; Comerciales é Industriales, 58; Políticos, 255; Oficiales, 37; Noticieros, 43; y de Modas, 1. El periódico más antiguo data del siglo XVII: es la *Zürcher Freistagszeitung*, que se publica semanalmente en Zurich. De los 576 periódicos citados, 180 salen de dos á cinco veces á la semana; 174, una sola vez; 152, cada quince días, mensual

ó trimestralmente; y los otros 70 son diarios. En 1873, Suiza contaba sólo con 411, alcanzando, por tanto, el crecido aumento de 165 periódicos, en los diez años que median desde esta última fecha á la arriba citada.

Estadística de la Prensa en los Estados-Unidos.—Según recientes investigaciones, parece que en 1880 se publicaban en dicho país 11,314 periódicos, á saber: 10,515 ingleses, 641 alemanes, 49 suecos y daneses, 41 franceses, 26 españoles, 13 tchecas, 9 neerlandeses y 20 entre italianos, portugueses, chinos, indios, etc. Nótese ahora, que en 1850 sólo ascendía la cifra á 2,525, la cual llega veinte años más tarde á 5,871, alcanzando considerable aumento en los diez años que median del 70 al 80, viniendo á sustituir á esta cifra la de 11,314 arriba citada.—Por el orden de materias, se clasifican del modo siguiente: Periódicos jurídicos, 45; de Seguros y Caminos de hierro, 54; de Ciencias naturales, 68; Artísticos y de Modas, 72; de Higiene, 114; de Sociedades diversas, 149; de Economía rural, 173; Literarios é Ilustrados, 189; para Niños, 217; sobre educación, 248; Comerciales, Industriales y Financieros, 309; Religiosos, 553; sobre Política, Anuncios y Lectura para las familias, 8,863; sobre materias diversas, 260. De estos 11,314, se publican una ó dos veces al año, 135; mensualmente, 1,167; cada quince días, 202; semanalmente, 8,633; dos ó tres veces á la semana, 206; y diarios, 971.